

Cinco poetas cubanos

Atilio Jorge Caballero

Estación

Rostros de la noche, todos semejantes
una misma luz confabulada.
Si digo que me gusta es porque ese aire me toca
balbuceo «soy sólo yo y los amados insumisos».

Sin dolor aparente por la inercia;
no palabras, ningún gesto
visible o descifrable. No detritus, sin embargo.
Sientes pasar las sombras vivas cerca de ti
murmurando «se muere» o «dolor en las piernas...»

Estridente es la boca o la mente que articula
cuando el silencio nos cubre, avanzando
en una tarde de verano.
Los golpes decisivos se asestan
como sin querer.

Vitrales en Venecia. Periscopio

Al salir de la Plaza San Marco se sube por la Mercerie
hasta cruzar un puente pequeño.
De allí hasta Campo San Salvador
donde está la Scuola Grande San Teodoro, los vitrales expuestos
de Marc Chagall, son dos pasos, bien atento siempre
al rumbo, a los *vicoli* que en un segundo
te envían a otra dimensión. No hay anuncios,
nadie da voces; uno debe guiarse con la seguridad
del que asiste a un entierro; sólo hay un trayecto y una vía
para el regreso.
Pero dentro no están ni el vivo ni el color
que esperaba. Sólo cristales. Proyectos de cristales;
peor.
Salgo. Acostado sobre el cemento de una escalera
que nadie sube, mi gorra azul de intersticios
sobre los ojos, mi gorra de almirante
fracciona el sol
en tantos pedazos como lo permite la amplitud del ojo.

Entonces veo el color. La combinación y el secreto.
Aquí me voy a quedar. Intentaré conservarlos hasta tanto
mis amigos, aún en San Teodoro, me lo permitan.

I

Una mujer sola en un café
una mujer inmortal y descuidada
inmóvil en su llanto fría
una mujer que no pide nada
quieta inmortal descuidada
delicada seca ni siquiera sedienta
joya abandonada por un ladrón furtivo
mira con atención hacia otro lugar
limpia sus ojos se seca un pómulo bosteza
su rostro me parece conocido inmortal
son tonos duros simples iluminados
como los aforismos de una madre que cocina.

II

él espera la nieve
como un adolescente el fin del curso escolar
como un adolescente la sorpresa del primer orgasmo
como un adolescente que anhela la complicidad
de los mayores
la tonta nieve sin personalidad ni espasmos
se derrite antes de llegar a los ojos.

Mi amigo y yo dormíamos sobre el mármol
de una tumba
en un viejo cementerio bautista.
Un ángel de piedra blanca
nos protegía con sus alas abiertas
y con su rostro severo alejaba
la curiosidad de los protestantes.

Sin saber si era mágico o sacrílego el sueño
un anciano llegó hasta nuestros pies
y con la benevolencia del ángel susurró
«loada sea la embriaguez
provocada por la euforia de un buen blues.
Duerman tranquilos y sigilosos
dos de mis últimos mohicanos
en esta tierra de bastardos
y boleros».
Luego trazó un signo en el aire.

¿Quién eres?, le preguntó el ángel.
«Cuídalos», dijo el anciano
y desapareció entre la hierba alta
que cubría las lápidas
blancas y relucientes en la madrugada
como lunas acostadas.

Al despertar hacía frío, no había luna,
el ángel cerró sus alas.
Y regresamos a la casa del blues
en esta tierra de bastardos y boleros,
y regresamos a la casa del blues
con plumas
en la cabeza.

(Texto de un blues para ser tocado, únicamente, por Miguel de Oca y Roberto Fajardo)

Una Convicción

Un supuesto asesino que, con la legítima estridencia de su música, corre por el puerto. La amenaza existe de que, al igual que lo fue en su borrosa infancia, ahora él quede tendido sobre una plástica, acuosa bolsa. O unos movimientos más precisos, y lo agarre ese agrandado punto rojo, donde se cobija el policía más simpático. Un suspenso, sin duda, engendra el más placentero de todos los miedos. Cuando resbalé del asiento, y casi corriendo me fui al refrigerador a tomar agua, el gato de la película había dado ese salto en que se sospecha que algo está pasando en el cuarto de arriba. Pero me he salvado, al instalarme en una, aunque efímera y minúscula, seguridad ontológica. ¡Que esto me sirva para pasar la noche sin que tenga que tomarme una pastilla de Xanax! Pues me apoyo en tu paz, dulces sombras filmicas, cuando llego a saber que, aunque sólo sea por una noche, caber puede todo dentro del tamaño de una cápsula.

1

Fui al laboratorio, para hacerme mi análisis de sangre. “Ya hay dos veces que el médico me manda a este mismo lugar”. La luz, en la mañanita, se confunde con unos chorros de agua, aunque uno siempre termina como aquel que, si tuviera algo, no sabría cómo guardarlo en el bolsillo. “Hay que aprovechar este sábado, porque mañana vuelves a trabajar en el Publix”. Y lo extraño es que lo que empieza a ser en el sueño, después vagamente continúa como un juego, pero sólo para, al final, tomar la dirección equivocada.

2

Son, los Discounts, de los pocos espacios conque cuento. Esos almanaques de cartón, en un aire que parece goteando, fijos para siempre. ¡Mira!, mira ese punzó, pomo de agua de violeta, con las chupadas barbas amarillentas de un sileno. Por un rato, hasta después que salgamos a la acera, podemos volvernos un poco irreales. Mi madre siempre iba, cuando había una *realización*.

8

Tantos gritos, tantos puñetazos en la madera de aquella guanajera del cine de pueblo de campo Si una vez fuiste (Tom Mix) en la batalla blanca de la película del Oeste.

Que se hacía un sueño bullicioso, silente además, sin que lo supiéramos corriendo hacia esa nada que ahora, ¡nada menos!, vengo a pesar con la balanza que, por rota, ninguna medida, tampoco, tiene ya...

9

Tan al mediodía, como deslizarse.

Al salir del Discount, el parque donde se fijan (*Domingo por la tarde en la Isla de la Grande Jatte*), los muñecos de cera que los recuerdos destilan.

¿En un lecho de títeres, la sombrilla recortada de un melodrama nostálgico?

Lo frío que pudiera llegar a ser el sonido de unos pájaros, extrañamente fijaría esa pieza donde una voz declama sólo para sí misma.

Jardín

Cuando hacia atrás remontas el río, cuando lo remontas al revés.
Ciertas noches que pueden convertirse en... ¡Oh, jardín de la conciencia!

Acompañado, siempre, por aquellos títeres. Títeres con lengua de perro. Mientras acaramelados por un color —¿amarillo con fondo punzó?—, grotescamente cruel.

Nunca aparece, cubierto por demasiados desatinos, lo que eres.
Ahora, si al fin todo se secase, ¿qué ibas a hacer?

Una fiebre ya demasiado fría, dispuesta, apenas, como para revelar nada. Pues que se sepa, pasear por sobre la arena del jardín nunca ha dejado, ni dejará, ninguna huella.

1

Si escasa flor silvestre es, si viejo amarillento muro. Si fregar se lograra lo duro de un filtro, hasta cualquier figura —posible un cuadrado— pudiera conducir. Un cuadrado, si es que se logra un cuadrado o gotear de una pila, bien pudiera sombra —como diminuto cuento— destilar.

2

¡Oh, lo increíble! Híbrida agua. Paradójica agua que sólo puede considerarse como seca. Allí la arena, el tan compacto montón de arena, ya más ni avanzará ni retrocederá. Y una vieja esponja —demás está—, como para así cobrar el precio de su despojo, es como si quedara dentro de ese tiempo que al final, si bien se viene a ver, resulta que, tampoco, ni un parecido con tiempo alguno puede conseguir...

Rodolfo Häsler

Sin corporeidad alguna, como ave fénix
en su aire sublime, caracol o ángel,
como nunca anteriormente me complazco en mí mismo.
Las hondas incisiones que dejan en la mente
los íncubos sin consecución,
flores turbias como la abundancia
que desde la ventana, en el blanco alféizar, me espantan,
el sonido equinoccial de la música
para apoderarse del misterio y la vastedad,
en la nueva dimensión de Narciso, el ahogado,
en el agua griega,
sin ritmo posible en la respiración.

Como una actinia oscura, rojo púrpura,
ni hablo mi lengua ni habito en mi país,
soy, eso sí, el heredero de una inteligente familia fenicia.
Heme aquí el fenicio del célebre poema de Eliot
para seguir siendo el ahogado para siempre.
Como se sabe, los poetas no tienen vida propia,
mueren lacerados por el agua, ciervos sin dominio,
oteando los retirados predios que les sirven de morada,
esquívos como piezas de un viejo juego de ajedrez,
sin sangre para manchar el suelo de la alcoba.
El invierno es la estación idónea
para que las mujeres me cierren definitivamente los párpados,
y la intensidad con que un día descifré largos poemas griegos
convertida ya en nieve prodigiosa,
pierde, entre tanto, todo su calor.

Disfrutaba de la arcana fuerza de juventud
no sin cierto sentimiento de cautiverio o distancia.
Entonces fumaba «Gauloises» hasta altas horas de la noche
y desayunaba en un viejo establecimiento de nombre
/extraordinario,
«Megas Alexandros».
Alejado ya de la canícula, a medio morir,
mi cuerpo es una suprema anémona ardiente,
cubierto de oro,
víctima de complicadísimos rituales nupciales,
dominado por la luz, ligero como ya no puedo recordar,
vencido por el agua, dueño, lumbre, rey.

Cada día son más negros los ojos
y el cabello negro crece sobre la espalda.
Mi espíritu, poblado de blancos animales acuáticos
que conozco,
es la verdadera imagen del pasado.
¿Dónde está el agua para extinguir las llamas?
Nada puede ser tan puro como mi vida
desprovista de espejos y de ciclos solares,
nada hay más puro que el agua que me transporta
al fondo mismo de la fuerza,
de manera tan suave que no me puedo oponer.
¿Qué será de mi divina transparencia,
de mi divina morada?
Se acerca el centinela que me librerá a los años a venir
para hacerme girar, en el vacío, una y mil veces.

(a Philippe Gindre)

Antonio José Ponte

Canción

Pasé un verano entero escuchando ese disco.
Para que la emoción no se le fuera
lo escuchaba una vez cada día.

Si me quedaba hambriento salía a caminar.
A su manera la luz cantaba esa canción,
la cantó el mar, la dijo
un pájaro.
Lo pensé en un momento:
todo me está pasando para que me enamore.

Luego se fue el verano.
El pájaro
más seco que la rama
no volvió a abrir el pico.

Colina de San Matías, camino de Matanzas

No es la pareja de amantes lo que primero llama
la atención,
es la colina al fondo.
Surge como una isla,
como una gente sola entre la gente.
Encima crece un árbol, un muro se derrumba
y está el cielo.

¿Acaso no tiene misterio el acercarse de esas dos figuras
sin saber descansar una cabeza en otra?
Son los insomnes, ellos no encuentran calma.
Un mismo hálito amargo los abraza,
una raíz habrá que los enrosque.

Conozco la colina,
he estado a punto de subir y descubrirla
camino de un repetido viaje.

Paisaje

Mira las nubes
pasan
huestes de nubes sobre la casa.

Mira las hierbas
cómo
doblan sus lomos.

Mira las aguas
tiemblan
bajo la niebla.

Mira una silla
junto a la orilla.

Los mejores días están pasando.
Va en el aire en el que te despiertas,
de primavera aún en el invierno.

Nombras los árboles y un álamo
es un manojo de ramas contra el cielo.
Ojo, te dices, con la vida profunda
que sale de las cosas nada más que rozarlas.
Todo conspira alrededor de ti:
las aguas, los tejidos se han ido haciendo espesos,
aprestan sus volúmenes los dorados y pardos.
Viene un día de sol y otro día de nieve,
hay un color de vida verdadera que engaña.
Vuelan espejos, coches, todo corre a algún centro.
Al centro de tu vida donde nunca has estado.

Por Félix Lizárraga

Conocía la costumbre del té antes de emprender viaje.
Costumbre antigua demorarse en la taza sin beberla, luego irse.
Costumbre tibetana.
La casa queda a oscuras.
En el centro se emposa la infusión
y uno siente, no importa lo lejano,
que algo ha quedado a medias
y regresa.
Pero él no tuvo casa que cerrar
ni tetera donde calentar agua.
Cómo le irá en aquel exilio a donde no se va,
de donde no se vuelve.
Echo las últimas barreduras de té,
he puesto bajo el cielo una taza en su honor.
Dondequiera que esté será lo que fue siempre:
espíritu y espíritu.
Nuestras vidas desdicen tradiciones, leyendas,
amuletos, resguardos.

Fragilidad del tiempo

No podría decirte cuánto rencor
yace entre los guijarros de este jardín
que sobrevuela tardío el gavilán
y donde el girasol fenece en verano,
ni siquiera insinuar un nombre
que arranque un gesto de piedad
a los ojos abiertos a este infierno
de mármol y barro, humo vendido
por un esclavo a otro.

Afiladas están las piedras que rodean
tu mansión, y en húmedo pesebre
el olor de la albahaca se funde con tu aroma.
Del tiempo ido, queda este gusto amargo
a derrota doméstica, el jadeo del viento
en tu falda como un perro
que te lame con premura.
Un himnario de rumores lo secunda
y luego se apacigua bajo el vientre del lagarto
sumido en la torpeza del día.

Ruinas, ruinas de diciembre o abril
y el injuriante chillido de las gaviotas
en la costa desértica hacia donde nuestras miradas

ciegas se hunden, plegaria
que aplaca una magra limosna.
Y en los cortiles sembrados de mierda de gallina
se adensa el tedio, su veneno trabajando
nuestras venas sin cautela, impulsándonos
a buscar el amparo de zaguanes
y rameras. Horas de perversa quietud
que cruzan cual anguilas las oraciones
de una grey siempre fiel y prudente.

Velero "Ilusión"

Pasó un velero radiante frente a las naves tendidas en la bahía.
Los ojos de los marinos escrutaron con envidia
la estela que parecía dividir las aguas: el bien o el mal,
el infortunio o la dicha, agazapados en esas manos sarmentosas
quietas por un instante ante el avance de la proa
que sometía al mar como a una dócil fiera.

A la hora de las conversaciones me gusta sentarme
bajo la sombra de las ceibas—
mi alegría es sabia, mi odio es ágil.
Las negras que me sirven no se atreven a mirarme
cuando hundo el rostro en mi pecho severo.
Me embriaga esa mansedumbre con la que honran
la fragilidad de mis siestas
y he compuesto un poema
para festejar su destino indeclinable
sin decir que a veces he visto en sus ojos
una hiriente nostalgia
y las he sorprendido llorando como huérfanas.

Añoranza

Yo te escribo desde este mar:

“¿Sabes? hay una fiera dulzura que exhala la tierra
y aviva el verdor de los árboles—
dulzura que oscurece mi piel de errante
y en los labios es profecía de nuestros padres más temibles.
Algunos prefieren ignorarla,
pero yo la he convertido en áspero elogio,
amor de un hombre civilizado por una región
extendida hasta donde la palabra es inútil”.

Son tiempos de escasa ventura—

la almendra en mi boca tiene un sabor no presentido;
a mi diestra, los mercaderes despliegan el lino y la seda,
sus odres de duro pellejo rigen la complacencia del vino
y sus manos dejan caer la especiería
ante el torvo asombro de los marinos
(yo he visto la sonrisa frágil
en sus rostros de zorra—
conozco la pérfida elegancia
con que acaricia sus muslos el látigo).

“Hermana, tú eres nuestra más antigua añoranza:
¿qué haremos contigo, si vuelves?”



Live Transmission: movimiento
de las manos de Jackson Mac
Low mientras lee su poesía.
The Dia Art Center, Ciclo de
Lecturas de Poesía
Contemporánea, Nueva York,
11 de diciembre de 1998.